

## EL CAMINO DEL CIELO: AMAR...COMO NOS ENSEÑA EL CORAZÓN AMANTE DE JESÚS

El Año litúrgico acaba en noviembre (este año el 1 de diciembre será el 1º domingo del Adviento). En este mes la Iglesia, a través de la Palabra de Dios, nos recuerda las verdades que iluminan el final de la vida, con el propósito de preparar el camino del Cielo. Todos sufriremos la muerte, pero el cristiano la afronta con una segura esperanza: Dios nos está aguardando para abrazarnos para siempre. *“Porque la paga del pecado es la muerte, mientras que el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (Romanos 6, 23). Esta vida es prólogo de la muerte, y la muerte el prólogo del Amor para siempre. Morir es entrar en la Vida. Es la vida que Dios regala a sus hijos por el Bautismo. Es la vida que disfrutaremos plenamente en el Cielo, si sabemos vivirla en la tierra. Jesús lo prometió en el Discurso de despedida en la Última Cena: *“No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros”* (Juan 14, 1-3). En definitiva, es una vida anclada en el amor fiel que Dios nos tiene, que procuramos corresponder a pesar de nuestros defectos y miserias, gracias a su ayuda. Y que se certifica con el amor: a Dios y a los demás.

### ***El camino del Cielo: amar... como nos enseña el Corazón amante de Jesús***

Un relato judío cuenta de una persona fallecida que estaba en la cola esperando ser juzgada por Yavhé. Era muy rica pero muy miserable. Se fijaba en cómo eran juzgados aquellos que le precedían. Empezó a sentir menos temor. Observó que el registro de los actos de caridad influía en gran medida sobre el veredicto; los regalos que uno hizo durante su vida pesaban más que muchos pecados. Cuando llegó su turno, dijo: <Es cierto que tal vez no hice todo lo que debería haber hecho mientras estuve en la tierra, pero si me permite sacar la chequera, firmaré unas buenas sumas para cualquier institución que me recomiende>. Entonces Dios le respondió: <Aquí no se admiten cheques. Sólo se aceptan recibos>.

Esta historia subraya lo que san Juan de la Cruz expresó certeramente: *“A la tarde te examinarán en el amor”*<sup>1</sup>. La fe nos enseña que *“está establecido que los hombres mueran una sola vez, y que después tenga lugar el juicio”* (Hebreos 9, 27). Dios nos preguntará: *¿Cuánto amaste?* Es la síntesis del capítulo 25 de san Mateo. Y cada uno tendrá que responder. Si hemos amado seremos premiados con el Cielo para amar eternamente; si hemos amado, pero no suficientemente, nos purificaremos en el Purgatorio para prepararnos para amar plenamente; si hemos elegido rechazar el amor incluso en el último instante, iremos al Infierno, donde reina el odio sin término, para ya nunca amar más. De ahí la afirmación de T.S. Elliot: *“suprime el amor y harás un infierno”*. Por otra, san Josemaría afirma: *“si amo, para mí no habrá infierno”*<sup>2</sup>.

El icono supremo del amor es el Corazón amante de Jesús. Estamos llamados a amar como Jesús ama. Jesús es el camino del Cielo. El pasado 24 de octubre el Papa publicó la encíclica *Dilexit nos*<sup>3</sup>, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo. A continuación, expondré algunas ideas sacadas de la encíclica que pueden servir para amar más y mejor. Sabemos la pregunta del examen final, *¿Cuánto amaste?*, si la tenemos preparada no hay lugar al temor. Y se prepara cada día: *“cada mañana es una página en blanco que el cristiano comienza a escribir con obras de bien”*<sup>4</sup>. Aprovechemos el hoy, que es el tiempo para aprender a *“morir en el Señor”*. *“En realidad, el morir forma parte del vivir, y esto no sólo al final, sino, si se considera bien, en cada instante”*<sup>5</sup>.

### ***Pasmarse ante el amor de Jesús***

La conversión de san Carlos de Foucauld (1858-1916), aristócrata, militar, explorador y geógrafo, se produjo por un encuentro con el Corazón de Jesús. Lo recoge el Papa en la encíclica. *“En Louye, hacía visitas al Santísimo con su prima, Madame de Bondy, y un día ella le señaló una imagen del Sagrado Corazón. Esta*

<sup>1</sup> San Juan de la Cruz, dichos 64.

<sup>2</sup> San Josemaría Escrivá de Balaguer, Forja n. 1047.

<sup>3</sup> La puedes descargar en <https://opusdei.org/es/article/enciclica-dilexit-nos-amo/> En el escrito la citaré como *DN*.

<sup>4</sup> Francisco, Audiencia (11.10.2017).

<sup>5</sup> Benedicto XVI, *Angelus* (5.XI.2006).

prima fue fundamental en la conversión de Carlos, tal como él lo reconoce: «Puesto que Dios te ha hecho el primer instrumento de sus misericordias para conmigo, de ti proceden todas. Si tú no me hubieras convertido, llevado a Jesús y enseñado poco a poco, como letra a letra, todo lo que es piadoso y bueno, ¿estaría hoy donde estoy?». Pero precisamente, lo que ella despertó en él es la conciencia ardiente del amor de Jesús. Allí estaba todo, eso era lo más importante. Y esto se concentraba particularmente en la devoción al Corazón de Cristo, donde él encontraba la misericordia sin límites: «Esperemos en la misericordia infinita de aquel cuyo corazón tú me hiciste conocer» (DN, n. 130), le decía a su prima.

Pasmarse, asombrarse, maravillarse ante el amor de Jesús es el punto de partida de la vocación cristiana. «Allí está el origen de nuestra fe, el manantial que mantiene vivas las convicciones cristianas» (DN n. 32). Es el primer paso. ¿En dónde podemos reconocer el amor que Jesús nos tiene? «En el Evangelio» (DN n. 33). En la lectura atenta de la Palabra de Dios, en los gestos y palabras de Jesús, interiorizados en el diálogo con Él, con la ayuda del Espíritu Santo, seremos capaces «de mirar más allá y de maravillarse por lo más grande y fundamental: «Me amó»» (DN n. 46). «Por eso cuando san Pablo buscaba las palabras justas para explicar su relación con Cristo dijo: «Me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2, 20). Esa era su mayor convicción, saberse amado» (DN n. 46). La vida espiritual engendra y alimenta esa confianza que procede de saberse amado primero, incondicional y gratuitamente, por Dios. El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo. Y por eso, procura dejarse tocar por el amor de Dios.

Los santos no son solo alguien que ama profundamente a Dios, sino, alguien que antes ha descubierto y gustado que Dios se había enamorado de él. Lo saben con la cabeza y con el corazón. Este es el secreto: dejarse seducir por Dios. De ahí que el Papa haya escrito esta encíclica, «sobre el amor de Cristo representado en su Corazón santo. Allí podemos encontrar el Evangelio entero, allí está sintetizada la verdad que creemos, allí está cuanto adoramos y buscamos en la fe, allí está lo que más necesitamos» (DN n. 89).

### **Mirarán al que traspasaron**

Meditar sobre el amor del Corazón de Jesús nos lleva a la Cruz. Al pie de la Cruz, Juan recordará la profecía de Zacarías a la casa de David y a los que habitaban Jerusalén: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de perdón y de oración, y volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron» (Zacarías 12, 10). El corazón humano se convertirá mirando, «volviendo los ojos», al que nuestros pecados traspasaron. «En el Corazón traspasado de Cristo se concentran escritas en carne todas las expresiones de amor de las Escrituras. No es un amor que simplemente se declara, sino que su costado abierto es manantial de vida para los amados» (DN n. 101).

Cuánto nos ayudará mirar con amor a Cristo en la Cruz. Es bueno tener una Cruz colgada en el dormitorio, o llevar un pequeño crucifijo en el bolsillo y colocarlo en la mesilla de noche o en la mesa de trabajo, y poner los ojos, y besarlo con amor. De la misma manera, sirven las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, en sus diversas representaciones. Esos detalles serán un encuentro personal con quien sabemos nos ama, ocasión para renovar el amor que hace de las cosas ordinarias del día, un extraordinario. No las hacemos solos, sino con Dios, que está en nosotros. Y así recorreremos el camino del Cielo.

Se despertará el deseo de corresponder, de amar como Dios ama. Es la experiencia constante de los santos. San Ignacio de Loyola, en los *Ejercicios espirituales* (n. 53), al contemplar lo que Jesús había hecho por nosotros, se hacía tres preguntas: «¿Qué hice por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué he de hacer por Cristo?».

### **Ser consuelo de Dios**

Hay un relato que cuenta de un cristiano que, al presentarse en el Cielo, pidió a san Pedro conocer al Ángel que confortó a Jesús en su agonía en el huerto de Getsemaní. Sabía de él por el evangelio de san Lucas: «se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba» (Lucas 22, 43), y había visto muchas representaciones de la escena, de un ángel que, con rostro compungido, daba de beber a un Jesús angustiado y abatido en extremo. Desde entonces, una curiosidad rondaba en su interior y confiaba zanjarla cuando llegara al Cielo. Se encontraron, y le preguntó sin rodeos acerca del contenido del cáliz, qué misterioso brebaje fue el que

confortó a Jesús, aliviando sus tormentos. El Ángel le explicó que eran las obras de amor de los hombres de todos los tiempos y lugares.

¿Es así? ¿Podemos consolar a Jesús, ahora, en el siglo XXI, cuando todo sucedió hace tanto tiempo? Pues, sí, no es un cuento piadoso. Lo recuerda el Papa en la encíclica: *“Vale la pena rescatar esa expresión de la experiencia espiritual desarrollada en torno al Corazón de Cristo: el deseo interior de darle un consuelo”* (DN n. 152). Es un misterio el cómo es posible, pero es una realidad sobrenatural: tanto los pecados como los consuelos, pasados, presentes y futuros, de cada uno “están” presentes en el Calvario. El Papa Pío XI escribía: *“¿cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los cielos? Respondemos con palabras de san Agustín: «Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo»”* (DN n. 155). Aunque no sepamos explicarlo, es una verdad recogida en la Escritura. Los cristianos que apostatan, que no viven de acuerdo con su fe, *“crucifican de nuevo al Hijo de Dios”* (Hebreos 6, 6), y, cuando soporto padecimientos por los demás, *“completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo”* (Colosenses 1, 24). Concluye el Papa: *“En definitiva, es el Resucitado quien, con la acción de su gracia, hace posible que nos unamos misteriosamente a su pasión”* (DN n. 157).

Cuanto mayor sea la compunción del corazón, ese dolerse de los pecados propios y ajenos, mayor será el deseo de consolar a Jesús ofendido. Por eso, es una costumbre saludable dolerse, tanto al contemplar los sufrimientos de Jesús, como nuestra miseria que los causa. *“No es un sentimiento de culpa que nos tumba por tierra, no es el escrúpulo que paraliza, sino que es un agujón benéfico que quema por dentro y cura, porque el corazón, cuando ve el propio mal y se reconoce pecador, se abre, acoge la acción del Espíritu Santo, agua viva que lo sacude haciendo correr las lágrimas sobre el rostro... Como una gota excava la piedra, así las lágrimas excavan lentamente los corazones endurecidos”* (DN n. 159). Es una gracia que hemos de pedir en la oración.

### ***Una paradoja: quien consuela a Dios es consolado... para consolar a los demás***

Dar consuelo a Jesús trae fruto abundante al corazón del cristiano. Adquirimos la ciencia de la Cruz, esa gracia de saber que Cristo en la Cruz, *“cuando sufría, se unía a todos los sufrimientos de sus discípulos a lo largo de la historia. De ese modo, si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. Deseando consolarle, salimos consolados”* (DN n. 161). Se consolida la alegre esperanza de que, en nuestro camino del Cielo, aunque haya padecimientos, no estamos solos, Cristo siempre nos acompaña, nos consuela y ayuda a padecerlos por amor. Al mismo tiempo, experimentar el gran amor de Jesús espoleará nuestra gratitud y nos moverá a corresponder con amor, a no ser desagradecidos y procurar amor por amor.

Santa Teresa de Calcuta siempre recordó la lección que recibió de su madre: el Evangelio de los 5 dedos. Al explicarle el Evangelio, le decía que se podía resumir en 5 dedos. Su madre levantaba la mano y contaba, con una palabra para cada uno: *A-mí-me-lo-hicisteis*. Estas palabras, del capítulo 25 del Evangelio de san Mateo, contenían todo lo que su madre juzgaba que necesitaba conocer para vivir acorde con la enseñanza de Jesús. *“La mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos, no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor. La Palabra de Dios lo dice con total claridad: «Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo»* (Mateo 25, 40)” (DN n. 167). La clave de la respuesta al amor del Corazón de Cristo es el amor al prójimo.

Amamos a los demás no sólo porque Dios los ama, o porque quiere que los amemos, sino porque, al darnos su Espíritu, ha puesto en nuestros corazones su mismo amor hacia ellos. El amor de Jesús es una gracia inmensa. Somos enviados a los demás para que el Corazón amante de Jesús actúe a través nuestro. Y así, su amor ardiente llegué a muchos más. *“Gracias al inmenso manantial que mana del costado abierto de Cristo, la Iglesia, María y todos los creyentes, de diferentes maneras, se convierten en canales de agua viva. Así Cristo mismo despliega su gloria en nuestra pequeñez”* (DN n. 176).

En muchas ocasiones nos resistimos, nos vence el egoísmo, la soberbia, la comodidad, la pereza, la indiferencia... es el momento de suplicar a Jesús: *“Haz mi corazón semejante al tuyo”*, de recurrir al Espíritu Santo para que nos done *“tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús”* (Filipenses 2, 5). Es el amor mismo de Dios *“derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo”* (Romanos 5, 5) el que pasa a través de nosotros

a los demás. Nuestro actuar es verdaderamente deificado. Ser “*partícipes de la naturaleza divina*” (2 Pedro 1, 4) significa ser partícipes de la acción divina, la acción divina de amar. De ese corazón transformado por el amor del Corazón de Jesús brotará la benevolencia, el querer y hacer bien a los demás.

### **Hacer de la tierra, Cielo**

La ciudad de Münster, situada al Oeste de Alemania, fue devastada en la II Guerra Mundial. A consecuencia del bombardeo del 30 de septiembre de 1944, la Iglesia de St. Ludgeri resultó seriamente dañada. El Cristo que presidía el retablo, una antigua talla de madera, perdió los brazos. Cuando los fieles reconstruyeron el templo, decidieron colocar el Cristo sin brazos sobre una cruz de madera, en el travesaño horizontal grabaron las siguientes palabras: “*No tengo otras manos que las tuyas*”. Es una invitación que persiste en el tiempo. Siempre ha sido así. “*Dios de algún modo, quiso limitarse a sí mismo (...) Nuestra cooperación puede permitir que el poder y el amor de Dios se difundan en nuestras vidas y en el mundo, y el rechazo o la indiferencia pueden impedirlo*” (DN n. 192).

Este querer de Dios, hacer depender su acción de la cooperación libre de los hombres, “*no proviene de una fragilidad suya sino de su infinita libertad, de su paradójico poder y de la perfección de su amor por cada uno de nosotros. Si él no encuentra en mí confianza y apertura, su amor se ve privado —porque él mismo así lo ha querido— de su prolongación en mi vida que es única e irrepitible, y en el mundo donde él me llama a hacerlo presente*” (DN n. 193). Esta es la grandeza de la vocación cristiana, que conlleva una gran responsabilidad. Permitir que el amor de Dios nos transforme y, a través de nuestra vida, convierta este valle de lágrimas en el jardín de Dios. En definitiva, hacer de la tierra, Cielo. Y así, como en el Cielo, en la tierra reine el amor, la paz y la alegría.

Es la invitación de san Juan Pablo II que el Papa recuerda en la encíclica: “*Junto con Cristo, sobre las ruinas que nosotros dejamos en este mundo con nuestro pecado, se nos llama a construir una nueva civilización del amor. En medio del desastre que ha dejado el mal, el Corazón de Cristo ha querido necesitar nuestra colaboración para reconstruir el bien y la belleza*” (DN n. 182). Dentro de esa labor de reconstrucción, de ahogar el mal en abundancia de bien, el Papa subraya la reparación de los corazones heridos. “*Si cada uno piensa en sus propios pecados y en sus consecuencias en los demás, descubrirá que reparar el daño hecho a este mundo implica además el deseo de reparar los corazones lastimados, allí donde se produjo el daño más profundo, la herida más dolorosa*” (DN n. 185). Un examen de conciencia profundo nos llevará a vivir el perdón. Con la luz y fuerza del Espíritu Santo, seremos capaces de reconocer sinceramente el daño causado al hermano, sin tapujos, y de pedir perdón con el deseo de reparar. “*Pedir perdón es un modo de sanar las relaciones porque reabre el diálogo y demuestra el deseo de restablecer el vínculo en la caridad fraterna (...), toca el corazón del hermano, lo consuela y le inspira la aceptación del perdón solicitado. Así, si lo irreparable no puede repararse del todo, el amor siempre puede renacer, haciendo soportable la herida*” (DN n. 189). Rehabilitaremos el corazón para cultivar las relaciones y las acciones de solidaridad, para vivir la comprensión y la amabilidad. Y así ser un canal más libre de obstáculos del amor de Jesús.

### **La dimensión misionera del amor al Corazón de Jesús**

Ser canales del amor de Dios incluye dar a Dios mismo. En una ocasión, un periodista le preguntó a la Madre Teresa de Calcuta si en las Casas que había abierto en USA para cuidar de los enfermos del Sida les hablaban de Dios. Contestó con rotundidad: *Naturalmente. Rezamos con ellos y les enseñamos a rezar. Los llevamos a confesarse y a reconciliarse con Dios.* El periodista replicó: <Pero mucha gente piensa que evangelizar no significa siempre hablar de Jesucristo>. ¿Y de quién piensa entonces que hay que hablar? ¿De qué? <Dicen que basta acompañar a los hombres.> Pero, entonces no son cristianos. No están proclamando a Cristo. Están actuando por algo y nosotros lo hacemos por Alguien. Si no damos a Dios, dejamos de dar lo mejor. Decía a menudo la madre Teresa de Calcuta: “*la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo*”.

“*Hablar de Cristo, con el testimonio o la palabra, de tal manera que los demás no tengan que hacer un gran esfuerzo para quererlo, ese es el mayor deseo de un misionero de alma*” (DN n. 210), afirma el Papa. “*Cristo te pide que, sin descuidar la prudencia y el respeto, no tengas vergüenza de reconocer tu amistad con él. Te pide que te atrevas a contar a los otros que te hace bien haberlo encontrado*” (idem). Es lo que espera el

Corazón amante de Jesucristo, que le presentemos a muchos, hablándoles de su amor por ellos, para que sean sus amigos. Y así, juntos, caminemos al Cielo.